

EL GENERAL JULIO LONDOÑO Y LA GEOPOLITICA EN COLOMBIA

Coronel

ADOLFO CLAVIJO ARDILA

Oficial Ejército Colombiano

Próximamente se cumplirá el primer lustro de la desaparición del General Julio Londoño y Londoño, maestro de ceremonias en Colombia de la Geopolítica; ciencia controvertida, por el papel preponderante que jugó para la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial, circunstancia que le creó rechazo de los aliados, quienes a partir de ese momento no quisieron saber nada de ella ya que la consideraron como disciplina agresiva. Precisamente por esa época el General Londoño, en su calidad de historiador, geógrafo y escritor, recogió las desacreditadas teorías y las difundió en el ambiente colombiano, en una forma tan positiva, que no sólo reivindicó la geopolítica sino que la destacó como indispensable auxiliar de las políticas de desarrollo y como base insustituible en las medidas de seguridad.

Otra cosa es que no se hayan acogido sus postulados; de haberlo hecho, tal vez estaríamos transitando por mejores cauces, porque la geopolítica, al tratar las relaciones mutuas entre un espacio y un grupo humano que lo ocupa, brinda un recurso formidable para estudiar, analizar, diagnosticar, conducir y recomendar las acciones que el hombre debe acometer para aprovechar su hábitat y labrarse así su prosperidad, asegurando además su soberanía. Ese es el criterio científico de la geopolítica y así exactamente la aplicó el General Julio Londoño en sus tratados, convirtiéndose en su primer y principal exponente en Colombia, con puesto de honor en el contexto de geopolíticos latinoamericanos, pues llegó a ser más conocido en otros países que entre nosotros mismos.

De ahí que recordar su trayectoria y hacer un somero recuento de algunos de sus pensamientos geopolíticos, puede constituirse en justo homenaje a su memoria y a su obra en su quinto aniversario de fallecido.

Empezó el General Londoño su pródiga existencia en Abejorral (Antioquia) el 14 de mayo de 1901. 17 años más tarde, cuando Europa ardía con el fragor de la más grande conflagración presentada hasta esa fecha, la Escuela Militar de Colombia incorporaba un cadete más, quien a la postre fue orgulloso subteniente de ingenieros en 1921. Los batallones Caldas, Córdova y Ayacucho le vieron lucir su primera estrella y no sólo recibieron sus servicios, sino que atendieron también su inquietud de conocimientos. Por eso, ya como teniente efectivo, fue profesor de Historia Universal en la Escuela Militar, cátedra que normalmente era propiedad de quienes se acercaban a la tercera edad. No cesa su ansiedad estudiantil, y su currículum lo lleva a la planta de oficiales de la Escuela Superior de Guerra en el grado de capitán, y con este mismo rango vuelve a recorrer, para prestar sus servicios, unidades de Ingenieros e Infantería como el Caldas, el Boyacá, la Escuela Militar y, como oficial de estado mayor, llega en 1933 al Comando Superior del Destacamento Amazonas. Por ese mismo año es ascendido a mayor y pasa a integrar en Leticia la Comisión Desmilitarizadora o de Administración del territorio de esa ciudad, designada por la Sociedad de las Naciones después

del conflicto colombo-peruano. Cumplida esta misión, es nombrado subdirector de la Escuela Militar y de allí pasa a comandar al Batallón Caldas. Luego, habiéndose destacado en el ambiente nacional por sus conocimientos atinentes a lo que hoy se conoce como derecho internacional, es destinado en comisión al Ministerio de Relaciones Exteriores para formar parte nuevamente de la Comisión Desmilitarizadora convenida por el artículo quinto del Protocolo de Paz, Amistad y Cooperación entre la República de Colombia y la República del Perú. En 1936 recibe las insignias de teniente coronel, y es nombrado profesor de estrategia; un año más tarde pasa al Estado Mayor General, y de este cargo sale en calidad de agregado militar a la legación de Colombia en Francia. Vuelve a la Escuela de Guerra como subdirector y más tarde como director, cuando asciende a coronel, grado que también lo acredita para ocupar responsabilidades tales como el comando de la Cuarta Brigada, la Jefatura del Estado Mayor General y la agregaduría militar de la Embajada de Colombia en el Perú. En 1946 brilla para él el sol de general de la República y ejerce las funciones de subjefe, inspector y jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Militares cargo desde el cual se retiró de las filas del ejército, por voluntad propia, en 1951.

Sus funciones como profesor y como diplomático, lo hicieron destacar en su carrera militar, porque además de ejercerlas con lujo de detalles, fueron su apor-

te a la muy noble tarea de preparar mejor a los cadetes y oficiales del ejército, y hacer valer los derechos soberanos de la nación.

Es necesario cotejar la época de la trayectoria militar del general Londoño, 1917-1951, con los acontecimientos que dominaron el panorama mundial y nacional durante el mismo lapso, porque allí puede haber una explicación de su obra y de la faceta intelectual de su personalidad. No quiso ser un convidado de piedra en el mundo en que vivió. Investigó, estudió y analizó el momento histórico, para comunicar sus inquietudes y dar a conocer su pensamiento.

Indiscutiblemente formaron su intelecto hechos como la primera guerra mundial, el problema de las bananeras, la recesión mundial de 1929, el conflicto con el Perú, la tensión europea de los años 30, la segunda guerra mundial y la situación interna del país. No fue un simple espectador o comentarista ocasional de las circunstancias. Profundizó en ellas, las examinó y sacó sus propias conclusiones, los cuales plasmó en diversas obras, utilizando siempre un preciso y bien manejado español. Es fácil colegir, que mientras los acontecimientos lo hacían reflexionar, el paso por diferentes unidades militares de Colombia lo documentaba sobre peculiaridades regionales, que iban conformando su inventario mental sobre el país, para más tarde presentarlo en sus escritos, con verdadero conocimiento de causa.

Dejada las filas castrenses, el general Londoño se mantuvo ligado hasta su muerte a la institución militar como profesor, o mejor como maestro de las nuevas generaciones, y extendió su radio de acción docente a la Universidad Nacional donde por varios años fue profesor de tiempo completo y dedicación exclusiva; perteneció también a la Universidad Jorge Tadeo Lozano como decano de la facultad de Ingeniería Geográfica, al Instituto de Estudios Internacionales, al Instituto Colombiano de Antropología y al Instituto Superior de Historia de Colombia. Además fue conferencista invitado en numerosos centros y entidades docentes colombianos y extranjeros. El 8 de mayo de 1979 la Escuela Superior de Guerra le confirió el título de profesor emérito.

Alternó esta actividad académica con el desempeño de cargos a los cuales fue llamado, atendiendo a su experiencia y amplios conocimientos. Fue así como llegó a ser consultor técnico de la Comisión de Planeamiento de la Seguridad Campesina del Ministerio del Trabajo; Consultor técnico de la comisión Asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores; jefe de la Comisión Colombiana de Inspección y Restauración de Hitos en la frontera colombo-brasileña; embajador extraordinario y plenipotenciario en la República Dominicana; director de estudios geográficos del Instituto Geográfico "Agustín Codazzi" y director encargado del mismo Instituto.

Julio Londoño y Londoño, como muy pocos en su época, tu-

vo el alto y merecido honor de ocupar destacadas sillas en varias sociedades culturales y científicas, gracias a su investigación sapiencia y cultura. La Academia Colombiana de Historia lo contó como académico correspondiente, académico de número y Presidente de la misma durante los periodos 1963-1964 y 1964-1965. La Sociedad Bolivariana de Colombia lo nombró su primer vicepresidente para el período 1955-1956. Además, hizo parte de la nómina de miembros de la Sociedad Sanmartiniana de Colombia, del Centro de Historia del Socorro, de la Academia Nariñense de Historia, de la Academia Huilense de Historia, de la Sociedad Cartográfica de Colombia, del Instituto Colombiano de Etnología, del Centro de Actividades Geográficas, de la Sociedad de Escritores y Autores de Colombia y del Instituto Colombiano de Sociología.

También fue miembro activo de algunas sociedades científicas extranjeras, entre ellas: Real Academia de Historia de España, Academia Dominicana de Historia, Academia Bolivariana de Historia, Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas, Sociedad Bolivariana del Ecuador, Instituto Colombo-Ecuatoriano, National Geographic Society de los Estados Unidos e Instituto Panamericano de Geografía e Historia, como representante de Colombia.

La obra del General Londoño y Londoño está plasmada en 14 libros y 113 artículos, que tuvieron como vehículo de difusión, periódicos, revistas nacionales y extranjeras y boletines de biblio-

tecas y academias. Los temas abarcan una gama muy heterogénea que incluye geografía, historia, política, antropología, demografía, biología, agricultura, arte militar, geografía política y sobre todo geopolítica. En ellos habló sobre Colombia, Latinoamérica, El Caribe, Africa, El Libertador, la disciplina, la estrategia, el espacio, las fronteras, el carbón, el hombre y muchos otros aspectos, que consolidan una producción vasta y profunda.

Si bien la historia, la geografía y las letras, fueron de su dominio, deliberadamente se omite en este artículo un comentario sobre su incursión por esas ciencias, para darle campo a la geopolítica, de la cual fue precursor en nuestro medio. Es interesante conocer la forma como Julio Londoño introdujo en Colombia, con aceptación general, una disciplina que en ese entonces pasaba por un momento de desprestigio. También son interesantes e importantes sus conceptos geopolíticos, algunos de los cuales se comentarán más adelante.

No sobra recordar que la geopolítica, como doctrina, hizo su aparición en Europa a comienzos del presente siglo, con paternidad del profesor sueco Rudolf Kjellen, sin desconocer que en su gestación desfilaron antes ideas muy avanzadas sobre la materia, por parte de Hipócrates, Platón, Aristóteles, Marco Tulio Cicerón, Constantino VII, Maquiavelo, Hernán Cortés, Humboldt, Ritter, Ratzel y Mahan, entre otros. Se puede decir que la geopolítica tuvo su principal

desarrollo y cobró importancia como ciencia orientadora, que sirvió además como herramienta para manejar los destinos de algunos estados, durante el lapso entre las dos guerras mundiales. A ella, que considera el Estado, según Kjellen, como organismo biológico o ser vital supraindividual que nace, crece y muere en medio de luchas y conflictos, se le atribuye un significativo grado de responsabilidad en el desencadenamiento y desenvolvimiento de la segunda guerra mundial, por haber servido de instrumento en la política externa de los países del eje. Entonces, con el triunfo de los aliados y la derrota de las ideas totalitarias, las teorías geopolíticas cayeron en un período de repudio y desprestigio, especialmente en la propia Europa y en los Estados Unidos.

Pero, si la geopolítica tuvo su decaimiento en la zona septentrional, pasó, casi automáticamente a entronizarse en la zona meridional. En efecto, en Suramérica, los países del cono sur, especialmente Brasil, Argentina y Chile, reivindicaron esta ciencia tomando sus leyes como inspiración de los objetivos internos del Estado, con prioridad en estos últimos. En muchos casos desempeñó allí el mismo papel inconsecuentemente que había tenido en el antiguo continente y, en vez de restañar viejas diferencias limítrofes o territoriales, alejó las posibilidades de acuerdo o de conciliación, al anteponer teorías que llevaban las aspiraciones nacionales más allá de sus propias fronteras. Todo esto fue el fruto de pensadores

y estudiosos de la materia y de la creación de escuelas geopolíticas que esbozaron radicales y ambiciosos principios más nacionalistas que geopolíticos.

En Colombia la situación fue diferente, Julio Londoño, además de traer como enseñanzas la teoría de la denominación mundial —que explican muy bien las tensiones contemporáneas— supo encauzar la geopolítica como instrumento útil para conocer, describir, diagnosticar y concluir sobre problemas que atañen a la simbiosis hombre-suelo. Por su conducta se conoció en nuestro medio la teoría del almirante americano Alfred Thayer Mahan; según él, quien logre el control naval alcanzará el dominio mundial, tesis basada en la acción y poder naval, que mantuvo a Gran Bretaña como potencial mundial durante varios siglos. También citó al inglés Halford Mackinder quien afirmaba en su época, “el país que domine la Europa Central, controlará el corazón mundial y quien controle el corazón mundial dominará la isla mundial (Europa, Asia, Africa) y quien domine la isla mundial se hará amo del mundo”. Además, nuestro principal geopolítico dio a conocer la teoría del francés de Reigner, quien afirmó que el país que domine el casquete norte mundial, sobre el cual se encuentran las principales ciudades de los países industrializados, logrará el dominio mundial. Quizás al amparo de estas teorías las superpotencias han llegado a la carrera armamentista de hoy en día, en los campos naval, espacial y

aéreo y a la profusión ideológica, que polariza al mundo actual.

Además de estos argumentos, el General Londoño, difundió todos los conocimientos especulativos puramente racionales que conforman la ciencia geopolítica; en otras palabras, divulgó entre nosotros la teoría geopolítica haciendo hincapié en su diferencia con la geografía política y con la geografía misma. Sin divagar en ambiciosos objetivos que apuntan a áreas de recursos valiosos que ya tienen escritura pública ajena, explicó cómo se examinan las relaciones entre el hombre y su suelo, para determinar cómo la recíproca influencia entre ellos se convierte en elemento de desarrollo, si desde luego, es bien manejada.

Pero si él se hubiera limitado a transmitir esos conocimientos, su labor no hubiera sido reconocida. El no se quedó corto. Fue más allá de una simple comunicación de nuevas y cuestionadas corrientes. Tomó esas noveles doctrinas y las aplicó en nuestro medio, para presentar conclusiones que pudieran servir en el futuro. Algunas de ellas daban una visión muy real de nosotros mismos y de nuestra conducta dentro del medio en que vivimos; visión alejada de los ilusorios y optimistas conceptos a que nos tenían acostumbrados los textos hasta ese entonces. En 1949, por ejemplo, en el libro *Geopolítica de Colombia*, Julio Londoño expresaba: "Colombia es un gran país con una débil conciencia geográfica; un gran país que parece ignorar que el curso de la historia está determinado en gran

parte por el espacio". Este es un corolario amargo pero cierto que confiesa nuestra desaprensión hacia el aprovechamiento de los recursos naturales con miras a un futuro próspero y autónomo. También afirmó que: "tenemos una extensión justa, un espacio hecho a la medida de nuestro porvenir" y que "la geografía y la historia colombiana marchan unidas de la mano hacia ese porvenir" y "de nosotros depende que el sea brillante u oscuro, arrogante o humilde, activo o inerte" afirmaciones que constituyen un evidente llamado a no desperdiciar la historia para aplicar sus enseñanzas sobre el espacio que nos correspondió por suerte, y alcanzar así una evolución positiva. El tiempo dirá si supimos atender sus señales premonitorias.

Páginas más adelante, en ese mismo tratado, recaba que "la civilización es la última etapa de la cultura, y sin embargo empezamos a civilizarnos sin culturizarnos. Invertimos los valores; nos aferramos a la civilización antes de que hayamos tenido cultura. Empezamos la vida al revés". Después anota que nuestras poblaciones ya no nacen agrupándose alrededor de una iglesia, sino que aparece primero un bar en alojamiento improvisado y de mal gusto, atosigado de neveras, licores y cigarrillos extranjeros; asegura que importan más al nuevo conglomerado el club social, el teléfono, las conservas americanas y deja como última etapa la iglesia, la escuela, el hospital y la librería. Agregó que "surgen así ciudades sin fisonomía humana, sin espíritu,

sin alma". A esto se puede añadir que quizás a este aserto explica en algo, la descomposición moral que actualmente ronda en muchos sectores de nuestra sociedad.

Todas las citas anteriores, tomadas caprichosamente de diferentes tópicos tratados en su Geopolítica de Colombia, muestran al general Londoño como investigador y pensador profundo, eminentemente objetivo que analiza sin ambages nuestro temperamento, del cual deduce claramente la mentalidad que tenemos para planear, ejecutar y actuar en todo sentido. Por eso, al hablar de organización, él dijo "que no hay negocio tan productivo en Colombia como una buena organización; todo aquello que se organiza acertadamente, se enriquece". Pero acotó que en nuestro país ese secreto lo han sabido manejar solamente los extranjeros.

No quiere decir esto que Julio Londoño fuera negativo o pesimista cuando hizo apreciaciones sobre las características de la población colombiana como elemento constitutivo del Estado. Por el contrario, dentro de su pragmatismo, que lo llevó a no buscar al ahogado aguas arriba, tuvo fe en nuestro futuro y fue idealista, en la conformación de una prestigiosa identidad nacional. Hay que reconocerle que fue de los primeros que nos puso a cavilar sobre nuestro destino, partiendo exclusivamente de las condiciones que nos rodean.

Conocido muy sucintamente el pensamiento del general Londo-

ño sobre el hombre colombiano, vale la pena dar un vistazo a sus ideas geopolíticas acerca de nuestro país. El juzgó desventajosa nuestra posición geográfica por encontrarnos en la zona tórrida que no presenta condiciones apropiadas para el desarrollo de la cultura y de la civilización; por hacer parte además de la planicie amazónica, uno de los grandes vacíos del mundo, y en especial por estar situada lejos de las líneas de cultura y de las áreas decisivas de la política mundial. Consideró que el país está en un área marginada, a donde sí llegan las repercusiones de lo que sucede en las zonas de interés mundial, pero que sólo transmite hacia otras regiones, una vaga resonancia de lo que ocurre entre nosotros. Calificó de relativa nuestra posición, en cuanto se refiere a trascendencia sobre los países vecinos, mientras que recomendó como lo hizo el libertador, una estrecha unión con Ecuador y Venezuela. Alertó nuestro interés, hacia el despertar del Pacífico, y a no desligarnos de la unidad política, compleja que forma la cuenca del Caribe.

Para tratar el tema de la superficie del país hizo un recuento desde cuando ésta era de dos millones quinientos mil kilómetros cuadrados, hasta cuando esa cifra llegó a 1'136.166 kilómetros cuadrados, con una narración pormenorizada de cómo trozo a trozo se perdieron terrenos. Al respecto anotó: "quizás en los trabajos internacionales que ha precisado el perímetro de Colombia, hemos procedido con

precipitación en las negociaciones pero en cambio ha brillado en todo, nuestra absoluta honrabilidad". Lo confirmó citando la frase del presidente Zaldúa al doctor Aníbal Galindo, encargado de defender en España el pleito de límites con Venezuela: "El Presidente de la República, como Jefe de la Nación, decía Zaldúa, sentirá menos por su parte, la pérdida total o parcial del pleito, que el sonrojo de que la República se viera expuesta a rectificaciones que pusieran en duda la lealtad de su palabra y de su proceder". Sobre esto comentó el general, que "lo cierto es porque hemos tenido en poca estima la conciencia geográfica".

Podría decirse que de donde más puntos de enseñanza se pueden sacar, es de sus tratados sobre las fronteras patrias. Las estudió una por una. Repasó su conformación e historia y examinó minuciosamente sus características. Nos explicó qué es una frontera viva y qué es una frontera muerta y cuáles están en esta peligrosa condición. Destacó las presiones externas que se ciernen sobre nuestras áreas fronterizas. Señaló cuáles son las puntas de crecimiento en las fronteras y qué riesgos las acechan. Difundió sus vulnerabilidades y puso sobre el tapete los peligros de una desatención. Indicó las fallas que hay en las interrelaciones entre los elementos que conforman la contextura del Estado, al esbozar cómo nuestro núcleo vital o "heartland" no irradia su poder para proteger las fronteras; cómo el

"hinterland" o espacio vital no alimenta adecuadamente nuestro ecumene, ni trata de extender su producción hasta las áreas fronterizas; y cómo carecemos de comunicaciones para darle solidez a nuestra periferia.

La información que recopiló sobre nuestras fronteras es sin lugar a dudas, la mejor ayuda para trazar políticas sobre soberanía, y para plantear acciones que eliminen cualquier debilidad nuestra en las zonas limítrofes.

En un extenso análisis sobre el territorio como elemento constitutivo del Estado, exploró también nuestra demografía, economía, fisiografía, la riqueza y el clima, buscando siempre el punto real de la influencia sobre nuestra conducta, para determinar un comportamiento más adecuado y que asegure un mejor porvenir.

No se exagera, si se afirma que la inquietud geopolítica del general Londoño lo llevó a sondear todos los tópicos que histórica y geográficamente tuvieron ingerencia directa en el devenir nacional. Su trabajo puede catalogarse como autocrítico, actitud propia de quien quiere mejorar, y el general Londoño, quien conoció muy bien a Colombia, siempre quiso verla mejor. Por eso habló sin tapujos sobre lo que ocurrió antes; narró con franqueza cómo es realmente el hombre colombiano, y explicó con claridad dónde está, cómo es y qué produce el suelo patrio. En resumen se puede deducir de sus escritos sobre Co-

lombia, que no fue positivista, pero tampoco negativista, sino que puso las cosas en su justo punto medio para poder efectuar un análisis sobre hechos concretos o bases reales, facilitando un mejor planeamiento de los políticos futuros o el replanteo de las existentes. Por otra parte, siendo el pionero de la geopolítica en nuestro país, hay que reconocerle que la orientó acertadamente, dando pie para que se convirtiera esta ciencia, en un eficaz auxiliar de aquellas políticas internas que se encaminan directamente hacia los objetivos nacionales de desarrollo y de seguridad.

Cabe recordar que, como geopolítico, en Latinoamérica compartió honores al lado de Mario Travassos, Carlos de Meira Mattos, Therezina de Castro, del Brasil; Juan Guglielmelli de Argentina y Augusto Pinochet de

Chile, siendo quizás más real y objetivo en sus apreciaciones, sea caer nunca en la red de la negatividad ni el campo de las aspiraciones que sobrepasan las fronteras.

Leer hoy día a Julio Londoño y Londoño, constituye una terapia especial en momentos dominados por las convulsiones y el desconcierto. Es reencontrarse con una historia amenazante descrita y añorada. Es recorrer una geografía que nos ubica en la realidad. Es enfrentarse con una geopolítica que nos pone a meditar sobre nuestra idiosincrasia. Porque él fue profundo investigador, franco narrador y práctico analista. Fue acertado y preciso en sus ideas. Si no logró, como dijo Shakespeare, "dorar el oro, pintar el lirio, perfumar la violeta", sí estuvo muy cerca de hacerlo.